



Alexander Haig revela en Nueva York las negociaciones para el ingreso de España en la OTAN.

propósito de justificar la iniciación de unas obras para una base aeronaval que sólo tendría explicación si, en su día, pertenece a la OTAN. Pese a la reserva sobre el tema, la cantidad de quince mil millones no permite crear más que la infraestructura para la gigantesca base, los elementos de combate —acorazados de bolsillo, submarinos, aviones, transmisiones, sistemas de rastreo, etcétera— superarán con mucho esas cantidades. Recientes bases, como la de Puerto Rico, Gwan (Formosa) en el Pacífico y otras, establecidas por los Estados Unidos, triplican los quince mil millones cuando menos (1).

Habría, pues, una actitud española —la del Gobierno— que sería parecida a la de 1953, cuando la firma del primer acuerdo con los Estados Unidos España aporta la infraestructura y primeros gastos y los norteamericanos —en este caso la Organización del Atlántico Norte— sufragaría las instalaciones netamente defensivas. Por supuesto, la prensa, y especialmente la más cercana a UCD, ha soslayado el tema. Ahora centra su atención en el "peligro que amenaza a Canarias" con la conferencia de Jartum, como si el reconocimiento del MPAIAC supusiese algo más que un trámite formal. La oposición —PSOE y PCE— se ha embarcado en el juego de la "ofensiva africana", empecinados en unas visitas de urgencia a Guinea Bissau, Cabo Verde, Conakry o Camerún, creyéndolas decisivas para la cumbre africana de Sudán, donde los votos están ya decididos. Ignacio Camuñas, presidente de la Comisión de Exteriores del Senado, afirmaba con el estilo más triunfalista posible después de entretenerse con un ministro del Senegal —pro occidental, desde luego—: "Estamos realizando un viaje histórico". El infantilismo sobre el tema canario toma proporciones alarmantes.

(1) La inversión norteamericana en las bases españolas era, en 1975, de tres mil millones de dólares. Entre 1953 y 1958 se invirtieron, exclusivamente en la construcción de las bases de Torrejón, Rota, Morón y Zaragoza, 291 millones de dólares, además de cerca de cien millones de dólares como "donativos" al Gobierno español. Las expropiaciones y obras de infraestructura mínima costaron a cargo de éste. Con 187 millones de dólares (quince mil millones de pesetas), y dada la alta tecnología y complejidad técnica de las instalaciones actuales, difícilmente puede instalarse en Gran Canaria una base aeronaval —que resumiría lo que hoy son Rota y Torrejón— que tenga verdadera operatividad. El mantener una flota permanente de buques y submarinos, así como la dotación y equipo aéreo, supondrían otros doscientos millones de dólares más, porque, lógicamente, no podría desguarnecerse el área continental para proteger Canarias. La flota marina y aérea de la base canaria habría de ser de nueva creación.

Es evidente que nadie va a solicitar al presidente Suárez explicaciones sobre la gran base aeronaval canaria. Quince mil millones de pesetas crearían —invertidos en Industrias de transformación o en pesca— una riqueza estable en el archipiélago, que podría, en el futuro, resultar mejor defensa que toda una compleja red aeronaval. España dista mucho aún de ser un país democrático donde el dinero de los contribuyentes haya de ser justificado. Puede, por tanto, el "timonel del cambio" dirigir impunemente la nave estatal hacia la OTAN, evitando manifestarlo directamente. Nadie, al menos de las esferas parlamentarias o de los espacios políticos de peso, va a preguntarle. Mientras tanto, Roy Jenkins y Calvo Sotelo aguzan el ingenio para explicar cómo "hasta dentro de diez años" no habrá una integración plena de España al Mercado Común. "España y su futuro son de gran importancia para Europa", decía Jenkins, sin mencionar a las Canarias.

A finales de diciembre de 1977 se estrellaba cerca del caserío de Los Lanillos, en la isla de Hierro, un P3-B tipo Orion norteamericano, al que se denominaba "avión-espía". Los trece ocupantes resultaban muertos. La historia está aún envuelta en el silencio. Al parecer, el P3-B se dedicaba a rastrear submarinos volando a escasa altura para introducir una sonda bajo la superficie. Según algunas informaciones dispersas, en la isla había equipos permanentes norteamericanos para dirigir los vuelos. El avión hacía escalas en Rota (Cádiz) y Lajes (Azores). La semana pasada, otro Orion P3-B con base en Rota cala al mar cerca de la isla Terceira, en Azores. Lógicamente estaría, asimismo, en misión de rastreo de submarinos. Esta vez fueron siete los desaparecidos. Se ha hablado en ambas ocasiones del peligro de explosiones atómicas. Un denso silencio oficial —en el caso de Hierro, español y norteamericano— cubrió el hecho.

La futura base "al Sur de Gancho", en Gran Canaria, registraría —en el previsible supuesto de su adscripción a la OTAN— un movimiento de aviones y buques de guerra que elevarían el riesgo de la zona, además de crear los consabidos conflictos sociológicos como los ya existentes en Rota o Torrejón. El problema canario de fondo, el socioeconómico, quedaría, una vez más, sin resolver. Marruecos, por su parte, más hábil, negocia simultáneamente con soviéticos y americanos y recambia su estrategia en la zona. La posible presencia en Madrid de Laraki —el "artífice del Sahara"—, antiguo ministro de Asuntos Exteriores, como embajador, indica la importancia que concede al tema.

Todo el alarmismo que Gobierno y oposición muestran ante la conferencia de Jartum parecería una sinuosa cortina de humo para ocultar el tema de la asociación en la OTAN que Suárez y Gutiérrez Mellado pretenden soslayar de momento. Una vez más se intentará el hecho consumado. Esta vez, al parecer, con la aceptación táctica de la oposición. El método dista mucho de ser democrático. La indiscreción neoyorquina del general Haig ha desvelado, levemente, la maniobra. ■

## El flautista de Hamelin

JUAN CALZADILLA

**L**A visita del presidente del Gobierno a las islas Canarias fue como un cuento de hadas que la televisión convirtió en un relato para adultos. Si Canarias hubiera sido Alicante o Asturias, donde el partido del Gobierno tiene elecciones parciales pendientes, uno se hubiera explicado el callejeo de Adolfo Suárez y los esfuerzos de Radiotelevisión Española para seguir hasta los más nimios detalles de esa exhibición pública de su antiguo director general.

El pueblo le rindió pleitesía y le besó cuanto quiso, como si fuera un presidente encantado que al conjuro del contacto con las gentes isleñas fuera a resucitar en otra capacidad, como flautista de Hamelin o como genio de la lámpara.

Lo primero que prometió —el presidente del Gobierno siempre puede prometer y prometer— fue trasladar su despacho al archipiélago. Debe tener una doble vida y en la segunda debe haber sido donde Adolfo Suárez ocupó su mesa de despacho mientras estuvo en Canarias. En la otra, en la visible, se dedicó a caminar, a sonreír y a decir que se iba a poner a trabajar.

Parecía Manuel Fraga Iribarne, con tanta insistencia en el trabajo inmediato. Fue a zancadas por el archipiélago. El "Dédalo", un portahelicópteros cuyo nombre le viene muy bien a la situación canaria, le sirvió de botas de siete leguas para surcar aquellos cielos conflictivos, entre quesadillas, gofio y reuniones de trabajo.

Levaba una varita mágica. Una niña de Fuerteventura, la isla en la que escuchó los clarinetes de la Legión, le entregó un papel. "Queremos un jardín infantil", parece que le decía la mayorera. "Hecho", dijo el presidente. "Declaro que esto es una obra rápida".

Tuvo capacidad para recibir a todo el mundo e incluso fue presto y educado —"con buenos modales", resaltan las crónicas— a enfrentarse con una mujer gran Canaria que le había llamado traidor "porque cantaste el 'Cara al Sol'". Se salió del protocolo cuando quiso. Los peninsulares habrán dicho, ante la pantalla, que tenemos al presidente más valeroso del mundo, porque se atreve a caminar por aquellas calles a pesar de los rumores que existen sobre la belicosidad insular.

Pero todos hemos respirado tranquilos. Canarias será defendida, dijo el presidente. Radiotelevisión Española hizo su particular encuesta de opinión. Veinticuatro horas después de la famosa frase de Adolfo Suárez, dijo el locutor, se nota una gran tranquilidad en las islas, porque, efectivamente, la base aeronaval de Canarias va a construirse. Los canarios no esperaban ni más ni menos cañones.

No importa que haya dejado atrás, sin resolver y sin recibir, los problemas de la recién constituida Junta de Canarias. Los Cabildos, los Ayuntamientos, las entidades del régimen anterior, las federaciones de vela, son suficientes, bastan. La Junta de Canarias está sub judice, dice el presidente, y repite con gran alivio ese término jurídico. Sonreía a unos y abraza a otros. En cada uno de sus gestos cariñosos, el presidente del Gobierno deja caer una significación política, que a lo mejor él no quiere dar, pero que la gente le presta. Cena con unos y cena con otros, pero es cuidadoso con la dichosa Junta, que no aparece en los momentos estelares ni recibe el toque de la varita mágica. Sub judice —que no es guanche, sino latín— debe ser la frase que con más cariño recuerde el señor Suárez de su estancia insular.

Las calles se vaciaron, como el pueblo de Hamelin, detrás del autor del milagro de aquellos siete días de visita medieval. "La gente se agarraba a él como si fuera la última esperanza", decía un periodista canario que siguió de cerca el delirio. Los canarios no son tan efusivos, aunque puede ser ilimitado su calor. El flautista de Hamelin cumplió su promesa, alivió de ratas al pueblo, le devolvió la esperanza, pero luego sumió a ese mismo pueblo en una gran incertidumbre. Las promesas del presidente del Gobierno en Canarias —inversión, defensa, apoyo de los restantes pueblos del Estado— han quedado escritas en la prensa. Si desde Madrid el señor Suárez no las traduce bien, el pueblo insular va a desconfiar pronto de los cuentos de hadas, aunque se le preparen como si estuviéramos a punto de unas elecciones generales. ■ JUAN CALZADILLA.